

Francisco Fernández Carvajal

## EL VALOR DE LA LIMOSNA

- Dar no solo de lo superfluo, sino incluso de aquello que nos parece necesario.
- La limosna manifiesta nuestro amor y entrega al Señor.
- Dios recompensa con creces nuestra generosidad.

I. La liturgia de este domingo nos presenta la generosidad de dos mujeres que merecieron ser alabadas por Dios. En la *Primera lectura*<sup>1</sup> leemos cómo Elías pidió de comer a una viuda que encontró a las puertas de Sarepta. Eran días de sequía y de hambre, pero aquella mujer compartió con el Profeta lo que le quedaba, hasta el último puñado de harina, y confió en las palabras de aquel hombre de Dios: *La orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra*. Y así sucedió. Tuvo luego el honor de ser recordada por Jesús<sup>2</sup>.

El Evangelio de la Misa nos presenta al Señor sentado ante el cepillo de las ofrendas para el Templo<sup>3</sup>. Observaba cómo las gentes depositaban allí su limosna y *bastantes ricos echaban mucho*. Entonces se acercó una viuda pobre y *echó dos monedas, que hacen la cuarta parte de un as*. Se trataba de dos monedas de escaso valor. Su importancia desde un punto de vista contable era mínima, pero para Jesús fue muy grande. Mientras ella se marchaba, congregó a sus discípulos y, señalándola, dijo: *En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos los otros, pues todos han echado algo que les sobra; ella, en cambio, en su necesidad, ha echado todo lo que tenía, todo su sustento*. El Señor alaba en esta mujer la generosidad de las limosnas destinadas al culto y toda dádiva que nace de un corazón recto y generoso, que sabe dar incluso aquello de que tiene necesidad. Más que en la cantidad misma, Jesús se fija en las disposiciones interiores que mueven a obrar; no mira tanto «la cantidad que se le ofrece, sino el afecto con que se le ofrece»<sup>4</sup>.

La limosna, no solo de lo superfluo sino también de lo necesario, es una obra de misericordia gratísima al Señor, que no deja nunca de recompensar. «Jamás será pobre una casa caritativa»<sup>5</sup>, solía repetir el santo Cura de Ars. Su práctica habitual resume y manifiesta otras muchas virtudes, y atrae la benevolencia divina. En la Sagrada Escritura es vivamente recomendada: *Nunca temas dar limosna -se lee en el libro de Tobías- porque de ese modo atesoras una buena reserva para el día de la necesidad. Porque la limosna libra de la muerte e impide caer en las tinieblas. Es un don valioso para cuantos la practican en presencia del Altísimo*<sup>6</sup>. Si alguno no entendiera esta obligación o se resistiera a cumplirla se expondría a reproducir en su vida la triste figura de aquel mal rico<sup>7</sup> que, ocupado solo en sí mismo y apegado desordenadamente a sus bienes, no acertó a ver que el Señor puso al pobre Lázaro cerca de él para que le socorriera con sus bienes.

¡Con qué alegría volvería aquella mujer a su casa, después de haber dado todo lo que tenía! ¡Qué sorpresa la suya cuando, en su encuentro con Dios después de esta vida, pudo ver la mirada complacida de Jesús aquella mañana en que hizo su ofrenda! Cada día esta mirada de Dios se posa sobre nuestra vida.

II. La limosna brota de un corazón misericordioso que quiere llevar un poco de consuelo al que padece necesidad, o contribuir con esos medios económicos al sostenimiento de la Iglesia y de aquellas obras buenas dirigidas al bien de la sociedad. Esta práctica lleva al desprendimiento y prepara el corazón para entender mejor los planes de Dios. Esta disposición del alma «lleva a ser muy generosos con Dios y con nuestros hermanos; a moverse, a buscar recursos, a gastarse para ayudar a quienes pasan necesidad. No puede un cristiano conformarse con un trabajo que le permita ganar lo suficiente para vivir él y los suyos: su grandeza de corazón le impulsará a arrimar el hombro para sostener a los demás, por un motivo de caridad, y por un motivo de justicia»<sup>8</sup>.

Los primeros cristianos manifestaron su amor a los demás viviendo con especial esmero la preocupación por atender las necesidades materiales de sus hermanos. De ahí las innumerables referencias que encontramos en los *Hechos de los*

*Apóstoles* y en las *Epístolas* de San Pablo sobre el modo de vivir esta obra de misericordia. Hasta se sugiere la manera concreta de llevarla a cabo: *El día primero de la semana, separe cada uno de vosotros lo que le parezca bien...*<sup>9</sup>, escribe San Pablo a los cristianos de Corinto, No solo daban de lo que les sobraba: en muchos casos –como ocurría en Macedonia– pasaban entonces por duros momentos económicos. El Apóstol no deja de alabarlos, pues *en medio de una gran tribulación con que han sido probados, su rebosante gozo y su extrema pobreza se desbordaron en tesoros de generosidad; porque doy testimonio de que según sus posibilidades, y aun por encima de ellas, nos pidieron con mucha insistencia la gracia particular de participar en el servicio de los santos*<sup>10</sup>. Y no solo contribuyeron con generosidad en la colecta en favor de los cristianos de Jerusalén, *sino que se dieron a sí mismos, primeramente al Señor y luego, por voluntad de Dios, a nosotros*<sup>11</sup>. Quizá se refiere San Pablo a la entrega generosa a la evangelización de sus colaboradores más leales. Comentando este pasaje, Santo Tomás afirma que «así debe ser el orden en el dar: que primero el hombre sea acepto a Dios, porque si no es grato a Dios, tampoco serán recibidos sus dones»<sup>12</sup>. La limosna, en cualquiera de sus formas, es expresión de nuestra entrega y de nuestro amor al Señor, que han de ir por delante. Dar y darse no depende de lo mucho o de lo poco que se posea, sino del amor a Dios que se lleva en el alma. «Nuestra humilde entrega –insignificante en sí, como el aceite de la viuda de Sarepta o el óbolo de la pobre viuda– se hace aceptable a los ojos de Dios por su unión a la oblación de Jesús»<sup>13</sup>.

III. La limosna atrae la bendición de Dios y produce abundantes frutos: cura las heridas del alma, que son los pecados<sup>14</sup>; es «defensa de la esperanza, tutela de la fe, medicina del pecado; está al alcance de quien la quiere efectuar, grande y fácil a la vez, sin peligro de que nos persigan por ella, corona de la paz, verdadero y máximo don de Dios, necesaria para los débiles, gloriosa para los fuertes. Con ella el cristiano alcanza la gracia espiritual, consigue el perdón de Cristo juez y cuenta a Dios entre sus deudores»<sup>15</sup>.

La limosna ha de ser hecha con rectitud de intención, mirando a Dios, como

aquella viuda de la que nos habla Jesús en el Evangelio; con generosidad, con bienes que muchas veces nos serían precisos, pero que son más necesarios a otros; evitando ser mezquinos o tacaños «con quien tan generosamente se ha excedido con nosotros, hasta entregarse totalmente, sin tasa. Pensad ¿cuánto os cuesta – también económicamente– ser cristianos?»<sup>16</sup>. La limosna debe nacer de un corazón compasivo, lleno de amor a Dios y a los demás. Por eso, por encima del valor material de los bienes que compartimos, está el espíritu de caridad con que realizamos la limosna, que se manifestará en la alegría y generosidad al practicarla. Así, aunque no dispongamos de muchos bienes, haremos realidad las palabras de San Pablo que hoy recoge la *Liturgia de las Horas: Con la fuerza de Dios, somos los afligidos siempre alegres, los pobres que enriquecen a muchos, los necesitados que todo lo poseen*<sup>17</sup>. No demos nunca con mala gana o con tristeza, *porque Dios ama al que da con alegría*<sup>18</sup>.

Dios premiará con creces nuestra generosidad. Lo que hayamos aportado a los demás en tiempo, dedicación, bienes materiales..., el Señor nos lo devolverá aumentado. *Os digo esto: quien siembra escasamente, escasamente cosechará; y quien siembra copiosamente, copiosamente cosechará*<sup>19</sup>. Así multiplicó Dios los pocos bienes que la viuda de Sarepta puso a disposición de Elías, y los panes y los peces que un muchacho entregó a Jesús<sup>20</sup> y que quizá tenía previsoriamente reservados para aquella necesidad... «Esto dice tu Señor (...): Me diste poco, recibirás mucho; me diste bienes terrenos, te los devolveré celestiales; me lo diste temporales, los recibirás eternos...»<sup>21</sup>. Con gran verdad afirma Santa Teresa que «aun en esta vida los paga Su Majestad por unas vías que solo quien goza de ello lo entiende»<sup>22</sup>.

Pidamos a Nuestra Señora que nos conceda un corazón generoso que sepa dar y darse, que no escatime tiempo, ni bienes económicos, ni esfuerzo... a la hora de ayudar a otros y a esas empresas apostólicas en bien de los demás. El Señor nos mirará desde el Cielo con amor compasivo, como miró a la mujer pobre que se acercó aquella mañana al cepillo del Templo.

CRISÓSTOMO, *Homilías sobre la Epístola a los Hebreos*. 1.— **5** SANTO CURA DE ARS, *Sermón sobre la limosna*. — **6** Tob 4, 8-11. — **7** Cfr. Lc 16, 19 ss. — **8** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 126. — **9** 1 Cor 16, 2. — **10** 2 Cor 8, 2-4. — **11** 2 Cor 2, 5. — **12** SANTO TOMÁS, *Comentario a la Segunda Carta de San Pablo a los Corintios*, 2, 5. — **13** JUAN PABLO II, *Homilía en Barcelona*, 7-XI-1982. — **14** Cfr. CATECISMO ROMANO, IV, 14, n. 23. — **15** SAN CIPRIANO, *De las buenas obras y de la limosna*, 27. — **16** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *loc. cit.* — **17** LITURGIA DE LAS HORAS, *Antífona de Laudes*. 2 Cor 6, 10. — **18** 2 Cor 9, 7. — **19** 2 Cor 9, 6. — **20** Cfr. Jn 6, 9. — **21** SAN AGUSTÍN, *Sermón 38*, 8. — **22** SANTA TERESA, *Vida*, 4. 2.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.

